

Pa 6171
A2
B5
V. 61

BOSQUEJO HISTÓRICO-CRÍTICO

DE

LA POESÍA CASTELLANA EN EL SIGLO XVIII.

CAPÍTULO PRIMERO.

Decadencia política de España al terminar la dinastía austriaca.—Postracion artística é intelectual.—Corrupcion de la poesía lírica.—Carácter análogo que toman los extravíos literarios en las decadencias nacionales.—Sor Juana Ines de la Cruz.—Montoro.

Cárlos II espiró el día 1.º de Noviembre de 1700.

Por una coincidencia harto rara, caminaron esta vez rigurosamente enlazadas la historia y sus divisiones cronológicas. Al fenecer el siglo XVII arrastró consigo ante el tribunal de la posteridad á la casa de Austria, que pasó sobre España como espléndido meteoro, que empieza deslumbrando, y acaba destruyendo y aniquilando. Ambiciosa y grande primero; despues grande, pero recelosa y sombría; más adelante irreflexiva y frívola; y al cabo indolente y supersticiosa, formó, en no largo espacio, una imágen cabal de la grandeza y de la postracion de los estados.

Tal vez no haya ejemplo, en la historia de las decadencias nacionales, de un cuadro más desventurado que el que presenta España en los últimos años del siglo XVII y en los primeros del XVIII. No hay nacion alguna que haya expiado tan recia y apresuradamente los engrimientos de su pueblo y los yerros de sus monarcas. La casa de Austria, ciega y desalumbra-da con los triunfos de su primer período, y enredada en su dominacion, tan vasta como heterogénea, condujo la monarquía española, como por una fatal pendiente, al más lastimoso paradero. En todo el siglo XVII, y singularmente en el reinado de Cárlos II, la sociedad española se iba disolviendo lentamente, y desmoronándose piedra á piedra el magnífico edificio de su grandeza en el glorioso siglo XVI. *Dios, el Rey, el honor*, las tres palancas poderosas que removian y levantaban los ánimos en aquella nacion de soldados, de caballeros y de poetas, perdian su fuerza ó torcian y desnaturalizaban su impulso. Hasta la fe no era ya la luz divina que tan pura y vigorosa habian llevado nuestros conquistadores á las inexploradas regiones de América y de Asia: se habia anublado algun tanto con escrúpulos supersticiosos, de esos que ofuscan el entendimiento y turban la conciencia.

Desviada la nacion de la senda política y administrativa que, en el movimiento general de la civilizacion europea, le señalaban sus peculiares circunstancias, no perdió su vitalidad nativa, porque ésta no muere fácilmente en razas de tan robusto temple; pero quedó en aquel tiempo como embargada y adormecida.

La historia literaria, que, entónces como siempre, caminaba al lado y al impulso de la historia política, no presenta un aspecto ménos lamentable y vergonzoso. La esterilidad intelectual ha de reinar irremediamente allí donde la sociedad entera ve cegadas las fuentes de su actividad y de su gloria. Las letras, pobres y desnaturalizadas como la nacion que las produ-

cia, habian caído en un abismo verdadero de afectación y de artificio, y como no podía dejar de suceder, las ciencias y las artes habian venido á parar al mismo lastimoso estado de agonía en que se hallaba, herida de una decrepitud precoz y acelerada, la lozana y esplendorosa monarquía de Isabel la Católica, de Carlos V y de Felipe II. La poesía lírica, flor delicada de épocas tranquilas y risueñas, ó centella ardiente de tiempos borrascosos, ¿cómo había de prosperar en una atmósfera sin luz, sin vida y sin calor? No canta ya los sentimientos, las ideas, los recuerdos y las ilusiones nacionales. Había quedado reducida á un enredado y monótono laberinto de ridículos conceptos, de narraciones chocarreras, de monstruosas hipérbolles, de agudezas sin intención ni alcance moral, de alambicamientos peregrinos, expresados en frase más peregrina todavía. Hasta la poesía religiosa, que no vive sino con la dignidad del pensamiento, con la sencillez de la expresión, con la magnificencia de las imágenes, se hallaba pervertida y ahogada en aquel raudal de retruécanos y de trivialidades. De ello dan claro testimonio el cúmulo de villancicos chabacanos, y alguna vez indecorosos, que inundaban la nación entera, y las poesías sagradas familiares de Montoro y de tantos otros, que lastiman la majestad de la religión y la veneración que se debe á las cosas del cielo.

Las épocas de verdadera grandeza y espontaneidad literaria son raras y efímeras en la historia de todas las naciones. Nuestra alta poesía nacional, esencialmente épica y dramática, pasó con los romanceros y con el opulento y magnífico teatro español del siglo de oro. La musa estrictamente lírica, salvo escasas excepciones, no tuvo nunca, ni aún en sus más brillantes períodos, el sello de la creación nativa, el brioso y absoluto desembarazo que acompañan siempre á la literatura profundamente original. La antigüedad pagana, Provenza y Cataluña, Italia, Francia en épocas posteriores, asoman, en más ó menos embozada manera, en casi toda nuestra poesía lírica, y hasta en aquellas composiciones que, inoculado, por decirlo así, el gusto extranjero en el ánimo del poeta, están revestidas de formas tan fáciles y naturales, que parecen á los inadvertidos emanación genuina del estro castellano.

Si bien con agravantes alteraciones, reinaba cual nunca en las letras españolas el depravado gusto de los *conceptistas* y de los *cultos*, que tanto habían contribuido á arraigar en nuestro suelo Ledesma, Gracian, Góngora y otros deliberadamente, y grandes ingenios, como Lope de Vega (1), Calderon y Quevedo, que, al paso que condenaban por reflexión é instinto tales extravíos, se rendían de cuando en cuando, y como á pesar suyo, á la influencia invasora del contagio.

Importante sería para la historia literaria de nuestro país desentrañar las causas más ó menos visibles é inmediatas de aquel desvío del buen gusto y del recto sentido; desvío que trascendió con seducción irresistible á la poesía, á la historia, al púlpito, á la sociedad entera.

No cuadra á nuestro especial objeto entrar ampliamente en este interesante exámen relativo á épocas anteriores. No podemos menos, sin embargo, de hacer notar cuán mal comprendida fué en las contiendas críticas del siglo XVIII el verdadero origen y la índole peculiar de aquella corrupción literaria, cuya eficacia dejó en las letras españolas rastros tan profundos, que tal vez duran todavía. Al recordar las ruidosas polémicas sustentadas en Italia acerca del *cultismo* por Bettinelli, Tiraboschi, los abates Andres y Lampillas, y otros literatos esclarecidos, los hombres de la edad presente nos sorprendemos del fervor exorbitante que se empleaba en tales controversias, á par que de los argumentos, especiosos ó mal asentados, que tomaban el carácter sofístico y los ímpetus de la pasión.

Errando el camino de la verdadera crítica filosófica, y olvidando la grave y severa sencillez que habían manifestado en felices tiempos los principales escritores españoles, achacaban los italianos á España la corrupción del buen gusto en las letras europeas, desde la antigüedad

(1) Son curiosos documentos, para la inteligencia de esta cuestión, la *Censura de Lope de Vega Carpio*, impresa en su *Filomena* (1621), sobre la poesía culta, y *Respuesta del Licenciado Diego de Colme-*

nares, de Segovia, 13 de Noviembre de 1624; con la réplica de *Lope* impresa en *La Circe*, año de 1624, y la contestación de aquél, 23 de Abril del mismo año de 1624.

romana; y presentaban esta corrupción como una dolencia crónica, inherente al suelo y al clima de España, que había inficionado á Italia en la época de su dominación. Voluminosos libros se escribieron con tan estéril y enfadoso designio. Réplicas igualmente briosas y eruditas se escribieron asimismo, mereciendo la palma entre ellas las del abate Andres y del jesuita catalán don Francisco Javier Lampillas. Pero ni las acriminaciones intempestivas, ni las doctas investigaciones, alcanzaron á iluminar con luz clara y cabal el objeto de la reñida controversia. Los italianos se empeñaban sin tino en atribuir meramente á tendencias nacionales lo que sólo podía y debía explicarse por las leyes fatales de las decadencias literarias. Por aquellos mismos tiempos en que tan preponderante se hallaba en España la perversa manía del *gongorismo*, la Inglaterra, cuyas influencias de raza, de clima y de costumbres difieren tan esencialmente de las influencias análogas de España, se hallaba inundada por el torrente del *eufuismo*, gerigonza simbólica, compuesta de metáforas y conceptos, que podía disputar á los *conceptistas* italianos y españoles la palma de la extravagancia. Escasos hubieron de ser á la sazón el roce y la comunicación recíproca de las literaturas inglesa y castellana, y sin embargo, llama la atención la semejanza de los extravíos en que ambas cayeron, caminando, al parecer, por distinto rumbo. El famoso John Lilly fué en Inglaterra el legislador del estilo metafísico y figurado, como lo fué Gracian en España, como lo fué en Italia el Conde Manuel Thesaurus en su *Anteojó Aristotélico*. El pedantesco libro de Lilly *Euphués and his England* (1), si bien con forma diferente, es digno compañero de *Agudeza y Arte de ingenio* y otros códigos del estilo *culto*.

A causas generales, que se ven patentes en ciertos períodos de la historia literaria de todas las naciones, y no á influencias determinadas y locales, hay que atribuir los grandes vicios que, en tiempos infelices, alteran y depravan las letras.

Entre los desvaríos tenebrosos de Licofron, el Góngora de la corte de los Tolomeos; las afectadas metáforas de los poetas de Bizancio, que cultivaban los *acrósticos*, y otros juegos de forma que habrían figurado dignamente en la *Poética* de Rengifo; el lenguaje alambicado de Marcial, las declamaciones de Juvenal, el aparato ostentoso de imágenes y de relumbrantes palabras de Lucano (2); el *eufuismo* de Inglaterra, el *conceptismo* de Ledesma, el *culteranismo* de Góngora, las primorosas y cortesanías sutilezas del caballero Marini, la afectación de la *pléyade* francesa del tiempo de Luis XIII; y por último, el *bel-esprit* de las *précieuses* del Hôtel de Rambouillet y de la refinada corte de Sceaux, hay afinidades incontestables, lazos visibles, que los hermanan y confunden. Son consecuencias, más ó menos semejantes, de una de dos causas: ó una civilización literaria en embrión, ó una cultura intelectual degenerada. La hinchazón y el simbolismo á la usanza oriental asoman en las letras griegas cuando pierden éstas su espontaneidad y su fuerza. Del mismo modo la literatura enfática é hiperbólica de los árabes deja en las naciones occidentales un rastro tradicional tan hondo y tan tenaz, que no sólo reina en largos é importantes períodos del renacimiento y de la era moderna, sino que, cuando parece borrado irrevocablemente por el gusto y el buen sentido, renace de improviso en la lira de Víctor Hugo y de otros poetas de imaginación exuberante.

Carlos II, juguete de ambiciosos cortesanos, caminando en todo sin norte y sin constancia, indeciso, obcecado, moribundo, fué lamentable emblema de su propio reinado. En esta época de transición y de marasmo no hay que buscar poesía que merezca tal nombre. El pensamiento no vuela á los espacios sublimes del idealismo; no entiende ni analiza los impulsos generales de la humanidad, ni los privativos de la patria; no se concentra en la emoción individual, de donde brotan el placer, el éxtasis, el llanto; no sabe siquiera describir con sinceridad, pintar la naturaleza con los colores vigorosos que reflejan la admiración y el entusias-

(1) Walter-Scott da clara idea de las extravagancias del *eufuismo* en su novela *El Monasterio*.

poésie de l'époque. (D. Nisard, *Les poètes latins de la décadence*.)

(2) Ces contorsions littéraires qu'on appelait la

mo. ¿Qué ha de ser, pues, una poesía donde no hay ni pasión, ni verdad, ni fantasía; donde no palpita la vida humana ni en sus manifestaciones abiertas y expansivas, ni en su movimiento íntimo y personal? Ha de convertirse necesariamente en evoluciones complicadas, de falso ingenio y de enredada forma, en juegos mecánicos semejantes á primores de taracea. En una palabra, no es la poesía de las imágenes nobles y verdaderas, de los arranques del corazón, de los sentimientos briosos y levantados; es la poesía de los *laberintos*, de los *acrósticos*, de los *ecos*, de las *paronomasias*, de los *retrógrados*, y de otros ruines entretenimientos de literaturas estragadas (1). Las literaturas nacientes adolecen á veces de esta afición á los juegos pueriles de la forma. Testimonio dan de ello las canciones de los trovadores provenzales y las filigranas métricas de Baena, de Villasandino y de otros poetas castellanos de los siglos XIV y XV (2). ¡Triste semejanza tienen en la poesía española la infancia y la decrepitud!

La afición al lenguaje metafórico, que en los tiempos prósperos del *cultismo* avasallaba á la Europa literaria, habia nacido acaso también, en gran parte, de los afectados refinamientos de la sociedad cortesana, animada por la galantería caballeresca, que el renacimiento habia creado con las formas exageradas, propias de una civilización nueva, que pugna por romper apresuradamente las cadenas de la barbarie. El *culteranismo* y el *conceptismo*, ántes de convertirse en escuelas literarias, estaban ya en su esencia en los libros de caballería, y Cervantes, al ridiculizar los delirios y el lenguaje enfático de aquellos libros singulares, ayudaba grandemente á la sana crítica literaria.

Pero aquellas hipóboles extravagantes, aquellas adulaciones novelescas, aquellas frases hinchadas y campanudas halagaban la imaginación de la gente cortesana, así en la Inglaterra de Isabel como en la España de los monarcas austriacos. El estilo figurado era como blason de personas cultas ó encumbradas, y éstas, no contentas con metáforas manoseadas, como las de *volcan*, *lumbres*, *ebano*, para expresar el corazón, los ojos, los cabellos, se afanaban por dar tormento á las palabras y á las ideas, á trueque de pasar por elegantes y discretas. Llamar las cosas por su nombre, usar frases limpias y llanas, llegó á parecer vulgaridad. Los poetas, que nunca se sustraen completamente á las influencias políticas y sociales, se rindieron fácilmente á las seducciones de la moda aristocrática, y hasta los de más sano instinto pagaron tributo, á pesar suyo, á aquella dominación bastarda. A la forma sencilla y pura de la *verdad* y de la *belleza* se sustituyeron, primero con el ejemplo, y después con autoridad dogmática, voces peregrinas, circunloquios pomposos, intrincados conceptos. Góngora y Gracian creían reformar la literatura, engrandecer el campo de las ideas, ennoblecer el idioma patrio; el caballero Marini (3) miraba con lástima al severo y cuerdo Malherbe; y lo más extraño es, que todos se juzgaban innovadores, cuando en realidad no hacían más que retroceder á épocas más ó menos remotas. Naciones habia, que blasonaban de ser inventoras del malhadado estilo *culto*. Portugal entre ellas. Manuel de Faria y Souza, el comentador del Camoens, atribuía esta triste gloria nada ménos que al Rey don Sebastian (4). Los es-

(1) En la poesía griega y latina de las épocas de decadencia hay ejemplos increíbles de esta extravagante manía. Simmias, de Ródas, escribe á la *zampoña*, y cifra todo su conato en que los versos escritos representen la figura de este instrumento pastoral. Los poetas latinos escriben versos *anacielicos*, esto es, versos cuyas letras dicen lo mismo leídas por la izquierda que por la derecha, como éste:

Roma tibi subito motibus ibit amor.

Más adelante se hicieron versos tan ridículos como el siguiente:

Lex, rex, sol, lux, fors, lux, mors, spes, pax, patria, Christus,

cuyo extraño mérito consiste sólo en que con sus palabras pueden hacerse 3.628.800 combinaciones.

Podría formarse una lista interminable con ejemplos de extravagancias semejantes.—(Véase á César Cantú, *Documentos de filosofía y literatura.—Poesías difíciles.*)

(2) Véase el *Cancionero de Baena*.

(3) De Marini decía el abate don Juan Andrés: «No podrá leer seguidamente *L'Adone* quien no tenga pervertidos el gusto y el corazón.»

(4) «El Rey don Sebastian fué el primero que escribió en el estilo que hoy llaman *culto*, como consta de algunas composiciones suyas en prosa *difícil*»

tragos del mal gusto en el suelo castellano fueron rápidos é irreparables. La violencia del sentido en las frases, la puerilidad de los retruécanos, lo enmarañado y sutil de los circunloquios, habian llevado, al parecer, la poesía á los límites extremos de la depravación. Y sin embargo, ¡quién lo imaginara! aún cabia mayor degeneración en aquel lamentable estado.

En los últimos tiempos del siglo XVII, una nueva decadencia vino á corromper y precipitar más, si era posible, la decadencia misma. El *culteranismo* se trasformó. Ya no era la secta extraviada, pero ardiente é ingeniosa, que aspiraba á realzar la literatura con esfuerzos y con artificios, como la mujer que, poco confiada en sus verdaderas perfecciones, intenta acrecentarlas con afeites y complicados atavíos. Era una musa envejecida, que ha perdido la belleza y el donaire, y quiere reemplazar la una con repugnantes cosméticos, y el otro con equívocos y descaro.

Cáncer, *Leon Marchante*, *Montoro*, *Sor Juana Ines de la Cruz* son, al terminar el siglo XVII, los más célebres representantes de esta musa degradada, que canta porque se divierte, y no porque siente ó porque admira. La monja de Méjico es, entre estos poetas, la que recibió del cielo estro más puro y sensibilidad más delicada. En época para las letras venturosa, habria tal vez legado á la posteridad nobles frutos de su ingenio y de su corazón. Ahogado su númen en aquella atmósfera corrompida, sólo ha dejado en el cúmulo de sus versos algunos destellos de fantasía, algunos rasgos de esa agudeza femenil á que nunca alcanza el númen de los hombres (1).

La chocarrería y la trivialidad de los asuntos que solian ser objeto de los cantos líricos de aquel tiempo, fueron extremadas, y sólo comparables á la vulgaridad del estilo. En los tiempos de la decadencia romana, los asuntos ridículos, triviales, monstruosos ú obscenos fueron también claras señales de la extravagancia y la abyección á que habian llegado las letras. Olvidando la noble verdad y la ática sencillez que resplandecen en los poemas del siglo de Augusto, los poetas del siglo de Neron gastan todo el calor natural de la fantasía en frívolos ó vergonzosos pasatiempos de ingenio, de adulación ó de procaacidad. Felicitaciones lisonjeras, epitalamios amanerados, insulsas ofrendas poéticas en las saturnales, epigramas eróticos, descripciones de recetas médicas, de historia natural, de festines, de geografía; estos y otros asuntos semejantes constituían el farrago de poesía artificial que inundaba á Roma cuando la llama de su civilización prepotente se ahogaba en las convulsiones del Imperio degenerado. Los poetas españoles, recién pasado el siglo de oro, seguían fatalmente, y sin sospecharlo, las tristes huellas de la poesía romana decadente y envilecida.

Montoro (2), más *conceptista* y *equivocuista* que *culto*, ingenio mediano y hombre cuerdo y sincero, demuestra con su ejemplo adónde van á parar las letras nacionales en el descenso de su gloria. Un tomo entero de sus obras está consagrado á la lírica sagrada. Todo denota en sus versos corazón limpio y fe sincera, y sin embargo, el sentido grave de la religión, sus inefables misterios, su edificante historia, no le inspiran sino agudezas y discreto. Dirige á los santos sutilezas festivas, dedica chocarrerías conceptuosas á la conversión de un hereje, y, lo que es más extraño, no le ocurre, para cantar el origen del cristianismo, esto es, la imponente *pasión* del Hombre-Dios, una forma más alta y adecuada que la de unas *jácara*s chabacanas. Dice en ellas, hablando del Señor:

Sosegó á Pedro, y le dijo:
«Amigo, vamos á espacio;
Que yo sé que ántes de mucho
Te ha de cantar otro gallo.»

No se burla *Montoro* de la *Pasión*, y sin embargo, el mal gusto literario y el trastorno

(1) En el tomo XLII de la BIBLIOTECA pueden verse muestras de la poesía *discreta* de esta mujer extraordinaria.

(2) Don José Perez de Montoro nació en San Felipe de Játiva, el año de 1627. Murió en Diciembre de 1694.

de los tiempos le hacen incurrir involuntariamente en una verdadera profanacion. ¡Jesucristo diciendo chistes y equívocos á san Pedro en el momento solemne del más augusto y sublime de los sacrificios! ¡Cuánto han debido descaminarse las inspiraciones de la fe desde las meditaciones majestuosas de fray Luis de Granada y los arrobamientos celestiales de fray Luis de Leon!

En las obras que *Montoro* titula *liricas humanas* es algo ménos vulgar la inspiracion (1). Los asuntos no son en general tan sandios y triviales como en otros poetas, pero algunas veces descende á la más vil esfera á que puede llegar el pensamiento del poeta (2). Escribió algunos versos heróicos de ampuloso linaje, y muchas poesías lisonjeras y cortesanas dirigidas á Felipe IV, á la Reina Madre, á Carlos II y á varios magnates de la córte; pero, arrastrado por el impulso general, consagró principalmente su musa á una dama que se sangró, á otra que se sacó una muela, á otra que se durmió despues de cantar, á un zapato, á cuatro damas que quisieron hacerse brujas, á la Tarasca, á los rigores del abanino, y á otras fruslerías semejantes. Suelen encontrarse en sus obras bellos versos y trozos de entonacion robusta; pero todo lo deslucen el afan de desplegar ingenio á todo trance; pudiendo con razon aplicarse á este poeta, como á todos los de esta desventurada escuela, aquel célebre verso, que contiene una gran verdad crítica:

L'esprit qu'on veut avoir, gáte celui qu'on a.

CAPÍTULO II.

Advenimiento de la casa de Borbon.—Felipe V quiere, sin conseguirlo, identificarse con la nacion española.—En artes y letras prevalece en la córte el espíritu extranjero.—Influencia de la cultura del reinado de Luis XIV.—No llega por entónces al pueblo español.—Agonia del número lírico.—Destellos de la entonacion antigua, perdidos entre los delirios del mal gusto reinante.—Enciso.—Bernaldo de Quirós.—Decadencia en la decadencia: últimos limites.—Poesía rastrera y familiar.—Salazar y Hontiveros.

A tan lamentable estado habian llegado las musas castellanas cuando subió al trono español, con el nombre de *Felipe V*, el príncipe frances Duque de Anjou. Preñada á la sazón la atmósfera política de Europa de disturbios, de recelos y de ambiciones, no presentaba á Es-

(1) Como este poeta está ya olvidado, juzgamos oportuno publicar los siguientes versos, copiados de un manuscrito, como muestra de su ingenio, de su entonacion firme y de su estilo hiperbólico y conceptuoso:

Á LAS RUINAS DEL COLOSO DE RÓDAS.

Yaces, ¡oh maravilla de los siglos!
Mas tan sublime en tus ruinas yaces,
Que por las bocas que te abrió el estrago,
Desmientes lo abatido con lo grande.

Causando al mundo un' versal asombro,
Fuiste del sol estatua venerable,
Y hoy, reducido á lástima el respeto,
Sólo del escarmiento eres imagen.

Cuanto elevó el primor de muchos años,
Precipitó la injuria de un instante,
A cuyo golpe estremecida el Asia,
Dió de sorda inquietud claras señales...

Acaso para mérito á tus triunfos
Deshizo el tiempo tu altivez gigante;
El tiempo, aquel cuya ambicion hambrienta
Los broncea come y los escollos lame.

Mas no; que si prodigio te erigieron,
Sólo por tu excelencia peligraste;
Que, aun sin malicia de las horas, siempre
Adolecíó de breve lo admirable;

Y así errado presume el poderoso

En su fortuna duracion constante,
Pues lo que más le constituye excelso,
Es asimismo lo que le hace frágil.

No de otra suerte en pródigo terreno
Árbol fecundo á quien de frutos graves
La abundancia feliz que le enriquece,
Es carga lisonjera que le abate.

¡Ay mil veces de tí! Postrado asombro
Verán siempre en tus ruinas las edades,
Porque es maligna condicion del tiempo
Hacer eterno lo que juzga infame.

(2) Hay un soneto, cuyo asunto no nos permiten expresar el pudor y el buen gusto. Raya en los últimos limites de la obscenidad y de la chocarrería, y sin embargo, ¡singular candor de aquel tiempo! las aprobaciones oficiales del libro declaran que no se halla en él cosa alguna opuesta á la modestia cristiana.

Una repugnante composicion de Montoro está inspirada por una dolencia hemorroidal que padecía. Más adelante Tafalla se complacia en describir una purga. Así se habia envilecido la poesía.

pañía una perspectiva de sosiego y de engrandecimiento el esclarecido vástago de Borbon. La nueva dinastía no traía en verdad á la nacion ni el esplendor del poder, ni el iris de la paz; pero venía con ella la luz de la esperanza. Hay en la vida de las naciones épocas de tanta esterilidad y desventura, que es forzoso salir de ellas á cualquiera costa y por cualquier camino. La mayoría del pueblo español sentía instintivamente la imperiosa necesidad, y recibió al nuevo rey con lealtad profunda y júbilo sincero, como una solucion feliz á la enmarañada y aflictiva situacion en que habia quedado la monarquía al fallecimiento de Carlos II (1).—No es de este lugar recordar detalladamente las azarosas vicisitudes de aquel reinado borrascoso. La guerra de sucesion puso á prueba, así el sufrimiento de los españoles como la entereza del Monarca. Devorada España por la guerra civil, combatida por casi toda la Europa, desmembrados sus estados, y auxiliada en su propio seno por armas extranjeras, lo cual es siempre una calamidad, no decayó jamas el ánimo constante de esta nacion guerrera y esforzada.

No merece Felipe V el desmedido rigor con que le han juzgado varios escritores extranjeros, y señaladamente algunos de su propia nacion (2). La posteridad no puede conceder á este rey la condescendiente admiracion que le tributaron sin tasa muchos escritores contemporáneos; pero sería injusto desconocer que, á vueltas de sus accesos de indolencia y de hipocondría, y á pesar de no ser transcendental el alcance de su entendimiento, encerraba su alma prendas de alta valía. Su denuedo en los combates, su noble constancia en las horas de infortunio, la pureza de sus costumbres, y su sana intencion en favor de sus pueblos, son títulos gloriosos, de que la historia no debe prescindir. Pasados los tiempos borrascosos de la guerra de sucesion, intentó hacer penetrar en España aquella cultura artística y literaria que en su mocedad habia visto resplandecer con tan radiosa lumbre en la atildada córte de Versalles. Él creó la *Academia Española* y la *Academia de la Historia*; él fomentó, con el real sitio de San Ildefonso, las artes de la elegancia y del buen gusto.

Pero, con todos estos laudables esfuerzos, las letras, que viven con la vida de la inspiracion y del libre impulso nacional, no pudieron florecer en el reinado de Felipe V. Este monarca, sin embargo de su firme propósito de identificarse con la nacion española, traía involuntariamente consigo un vicio mortífero para la poesía: el espíritu extranjero, que, por la virtud misma de las cosas y de los sucesos, hubo de ingerirse gradualmente en el corazon de las clases cultas y aristocráticas. El roce continuo con los ejércitos franceses poco ó nada alteraba la índole peculiar del pueblo español, guardador obstinado de sus hábitos y de sus ideas. Pero, eclipsada por una parte, á los ojos de la crítica victoriosa entónces, la civilizacion religiosa y literaria de nuestro siglo de oro, y admitida con favor por la córte la influencia de la cultura pomposa y deslumbradora del reinado de Luis XIV, que toda la Europa acataba y remedaba entónces, no podia dejar de abrirse, si bien con lucha y embarazo, un nuevo camino á la actividad intelectual de los españoles. Pocas afinidades tenía en verdad esta civilizacion, esencialmente artificial y acompasada, con el espíritu gallardo, espontáneo y algun tanto indisciplinado que habia sido alma nativa y vigorosa de la literatura castellana. Felipe V asoció con noble y sincera voluntad á la nacion española su gloria, su porvenir y hasta su existencia. Pero era nieto de Luis XIV y alumno de su córte, y mal podia perder su ánimo los recuerdos y dejes seductores de la edad temprana, y asimilarse en cabal manera á una atmósfera intelectual de tan diferente y por entónces tan inferior linaje.

Luis XIV, que, en el engruimiento natural de su poder y de su gloria, no veía en la corona de España sino un elemento auxiliar de la suya, ayudaba activamente con su política y sus consejos á la conservacion de las influencias de exótico origen que preponderaban en la córte española. «No os olvideis de que sois príncipe frances», fué la primera advertencia que el

(1) En América, donde era ménos conocida la incapacidad de Carlos II, fué muy deplorada su muerte

(2) Monsieur Villemain, de ordinario tan imparcial y tan moderado, habla de Felipe V con esta

desdefiosa y áspera concision: *Un petit fils de Louis XIV, un élève de Fénelon, avait sommeillé sur le trône, entre d'insipides frivolités et de bizarres manies, sans souci de rien d'honorable.*